

Cholas and Pishtacos: Stories of Race and Sex in the Andes. / Mary Weismantel. Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 2001, 326 pp.

Combinando las contribuciones de los estudios culturales, la Antropología postmoderna, el Psicoanálisis y la teoría feminista, el texto de Weismantel da cuenta de las relaciones de raza y sexo en la región andina. Según señala la autora, sus metas son contribuir a dismantelar el mito de que América Latina ha alcanzado algún tipo de democracia racial, demostrar que la raza es parte constitutiva de las relaciones de poder en la historia de la región, y que la oposición indio-blanco cruza y organiza la vida social en los Andes. Según propone, la opresión racial en América Latina está profundamente imbricada con la sexualidad y la mezcla de razas y, por lo común, esta mezcla expresa el hecho de que el acceso al cuerpo de las mujeres indias y negras forma parte de los privilegios de los hombres blancos.

Para analizar estos fenómenos la autora eligió a dos figuras paradigmáticas del imaginario andino: la chola y el *pishtaco*. Esta inusual combinación de un personaje real y una figura imaginaria busca expresar las contradicciones y ambigüedades de los sistemas racial y sexual de las sociedades andinas. La chola, caracterizada por su polifonía, remite a una categoría racial —entre india y mestiza—, a un personaje real —la vendedora del mercado—, a una figura femenina que simboliza la identidad nacional mestiza y a la militante de los movimientos indígenas. El *pishtaco* es un monstruo, un ser imaginario muy común en el folclor andino: vaga en las noches en busca de indios a quienes degüella para robarles la grasa. Encarna un tipo de masculinidad nociva e hiperfálica, y personifica el lado siniestro, el temor y el abuso implícito en los intercambios raciales y sexuales entre indios y blancos.

Weismantel combina los datos de sus estadías en tres ciudades de las regiones andinas de Bolivia, Ecuador y Perú —entre 1982 y 1987—, una extensa revisión del debate en las ciencias sociales (sobre todo norteamericano o publicado en inglés), y un uso bastante liberal de diarios de viaje, material visual y la producción literaria de los escritores más conocidos de la región. Según declara, no funda la validez de sus argumentos en la autoridad de sus datos sino en su capacidad para construir un relato creíble que será, inevitablemente, parcial y heterogéneo.

La primera parte del texto traza el orden racial y sexual de las ciudades y del medio rural andino, y cuestiona la ideología de sentido común que supone que las líneas que dividen las diferentes categorías raciales y sexuales son estables y definidas. La segunda detalla las relaciones de intercambio por

medio de las cuales las divisiones raciales son puestas en práctica y reproducidas en la vida cotidiana. Analiza también los espacios de hibridación y cuestionamiento de estas categorías. Weismantel localiza su análisis en la plaza del mercado porque, según argumenta, es allí donde las fronteras raciales son imposibles de mantener, donde lo rural y lo urbano se encuentran, donde mestizos e indios interactúan. La chola simboliza esta fluidez porque rompe con las barreras de género y raciales: contrariamente al ideal femenino oficial —que identifica a la mujer con la casa—, ella ocupa la calle; a diferencia de la indígena, perteneciente al medio rural, ella es un producto urbano. En ese sentido, sugiere Weismantel, la categoría *chola* no suavizaría los conflictos raciales sino que los haría evidentes y los exacerbaría. La autora termina la sección retomando al *pishtaco*. Este último simboliza la acumulación en su forma siniestra: la canibalización del cuerpo del indio. Weismantel sugiere que el *pishtaco* ejemplifica un ideal de masculinidad latinoamericano identificada con violencia y abuso. Esta canibalización expresa el abismo entre el ideal de intercambio recíproco característico de la economía indígena y la realidad del intercambio desigual en la historia de las relaciones entre indios y blancos. El último capítulo analiza las ambigüedades de este orden social por medio de la celebración del ritual de la *mama negra*. Esta última dramatiza la inversión del orden racial y de género de estas sociedades, y la autora quiere creer que anuncia una democracia radical que subvierte las opresiones sexual, de género y de clase.

Este es, sin duda, un texto bien escrito e imaginativo. Weismantel ha realizado un enorme esfuerzo para integrar una vasta variedad de fuentes con el fin de ofrecernos un panorama de las relaciones raciales y sexuales en los Andes. No obstante, tengo algunas reservas respecto a su metodología y a sus suposiciones sobre las culturas y las identidades de género en América Latina. En primer lugar, una cosa es reconocer que el etnógrafo usa herramientas retóricas para convencer al lector de la validez de sus afirmaciones, y otra es tratar al trabajo de campo etnográfico, a piezas de ficción y a documentos visuales como si fuesen piezas de evidencia similares. Más aun, su elección de textos literarios me parece bastante dudosa. Por ejemplo, comparar eventos narrados por José María Arguedas —que tuvieron lugar en la década de los años treinta en una ciudad del sur peruano— con las protestas de los movimientos indígenas actuales en Ecuador y Bolivia es no tener en cuenta obvias diferencias en el tiempo y el espacio. ¿Es que las sociedades andinas se han quedado congeladas en el tiempo?

En segundo lugar, la autora se propone criticar la suposición de que las jerarquías raciales y sexuales son duales y estáticas. Sin embargo, recrea una

cultura andina idealizada y no tocada por la asimetría. Por ejemplo, supone que la racionalidad económica indígena está centrada en la noción de reciprocidad; que no existe dominación de género; y que la noción indígena de masculinidad está centrada en la paternidad, mientras que la blanca y la mestiza acentúan el predominio y la conquista sexual (machismo). Al recrear estas dicotomías Weismantel, reconstruye la Arcadia perdida, libre de desigualdades, que habría sido degradada por la conquista occidental. Más aun, reproduce la bien conocida y ya cuestionada identificación de los mestizos y blancos latinoamericanos con una masculinidad abusiva, y asume acríticamente que la violencia sexual es parte del tejido mismo de las sociedades latinoamericanas. Es decir, cae nuevamente en una visión reductora de la realidad latinoamericana que expresa, en gran medida, los prejuicios del norte hegemónico.

Norma Fuller¹

¹ Pontificia Universidad Católica del Perú.

